



Reflexiones acerca de la ciencia, la tecnología y la ética médicas

En las últimas décadas ha tomado presencia importante en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, el concepto de eticidad de las acciones ejecutadas en estos campos por los profesionales de las diferentes áreas del conocimiento. Se han creado institutos de connotado valor científico e investigativo y han proliferado publicaciones serias sobre el tema de la ética. Esta es la razón para hacer algunas reflexiones al respecto.

Los avances vertiginosos de la ciencia y la tecnología durante el presente siglo, no sólo en el campo de la medicina, sino en el de otras ciencias, que en una u otra forma están vinculadas a ella; ya sea directa o indirectamente, han ocasionado cambios comportamentales interesantes tanto para quienes manejan el producto instrumental de estos avances tecnológicos como para quienes reciben el beneficio de su aplicación.

Hoy la complejidad compromete, no sólo el amplio campo de la cibernética, sino también aquellos espacios de las ciencias biológicas que tienen que ver con el ecosistema y con el entorno cada vez más empobrecido por su usufructuante, el hombre. Mientras se muere el espacio vital, surgen nuevos sistemas de procreación, de vida, gracias a la ingeniería genética y al proceso de la clonación llevada a cabo en los laboratorios de investigación.

No se puede negar que estos avances han constituido un progreso importante que ha facilitado y facilita muchas de las acciones del médico en su diario quehacer de mantener la salud o recuperarla a toda costa, de acuerdo a las normas que se nos enseñaron durante nuestra formación profesional, en el sentido de que “mientras haya un soplo de vida, habrá esperanza” de alejar la muerte, olvidando que ésta es el último capítulo del proceso de la vida y que, así como se “vive” la vida con dignidad, se debe experimentar la muerte también con dignidad.

El hombre, a través de toda su existencia, ha resaltado fundamentalmente el valor de la vida y ha huido del fantasma de la muerte. El concepto mágico-religioso de la enfermedad y la muerte como consecuencia del castigo divino llevó a la humanidad a apartarse de esta realidad, a huir del espectro de la muerte, de allí que la máxima capacidad de los hombres de ciencia, sus esfuerzos e investigaciones y la creación de nueva tecnología se haya orientado a lograr prolongar la vida, aun a espaldas de la autonomía de la persona con las implicaciones éticas que comprometen los aspectos biológicos, psicosociales y también axiológicos. Es indiscutible que en las facultades de medicina se están formando médicos dentro del contexto de esos avances técnicos y no sería lógico que presentáramos una actitud negativa o de oposición al progreso de la ciencia y la tecnología puesto que, en función de la competencia profesional del presente y futuro, la habilidad en el dominio y manejo de la tecnología seguramente podrá incrementar el prestigio profesional y en muchos casos la satisfacción del usuario que desea ser manejado con la más moderna y compleja técnica y obtener en esta forma una mayor seguridad en el éxito de su tratamiento, sin tener en cuenta que la imagen relevante de la técnica hace perder la imagen del hombre por el abuso que, en muchas ocasiones, se hace de la máquina como producto de la emocionalidad o de la llamada “tecnología biomédica”.

No se han medido las implicaciones éticas a que conduce su uso indiscriminado; el costo económico cada vez más grande de la tecnología moderna que aplicada en los países en vía de desarrollo ahonda la brecha entre quienes pueden y quienes no, sufragar sus costos, crea un mayor desequilibrio social y produce en muchas ocasiones un atropello a los derechos del enfermo. Francisco Vilardell, en un artículo titulado “Problemas Éticos de la Tecnología Médica” aparecido en el Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana de los meses de mayo y junio de 1990, señala una serie de interrogantes que vale la pena plantear, y que son: ¿Se justifica el uso de una nueva tecnología, de acuerdo con su precio, calidad de rendimiento y eficacia? ... ¿Supera la nueva técnica las que ya están en uso y supone ventajas económicas? ¿Mejorará la calidad de vida de los pacientes en quienes se va a utilizar? ¿Podrá ser utilizada por la población general o estará reservada para

unos pocos privilegiados? ¿Se han identificado los riesgos de su aplicación a corto y largo plazo? ¿Existe algún análisis sobre opciones alternativas que pudieran constituir una mejor inversión?”. Un estudio sesudo de estos cuestionamientos nos induce a adoptar una conducta acorde sobre el uso de la tecnología moderna que permita una cobertura general con un criterio de logro beneficioso al obtener un mejor diagnóstico o un mejor tratamiento que redunde en una mejor calidad de vida posterior. Se obtiene así un equilibrio entre la exigencia moral que implica para el médico la relación médico-paciente y el proceso de selección adecuada de la tecnología que conduzca al éxito. Se ha actuado en este caso éticamente. Se demuestra con esta conducta la responsabilidad profesional del médico al decidir con ecuanimidad científica la conducta más favorable dentro de los principios de beneficencia, autonomía y justicia. Tomar una actitud antagónica a la anterior configura la deshumanización de la medicina, tan señalada en nuestros días como causante del sesgo en la imagen y en la conducta del médico frente a sus pacientes y a las familias; se ha deshumanizado también el concepto moderno de ayuda, puesto que ésta no es exclusivamente mecánica sino que tiene un alto componente psico-afectivo que permite una mejor empatía y comprensión de la situación que se vive.

Se plantea entonces el dilema: ¿se sigue desarrollando en el proceso de formación del médico el apego a un currículo preferencialmente tecnológico o por el contrario predominantemente humanístico?

En la “Declaración de Principios” de las normas sobre ética médica consignadas en la Ley 23 de 1981 se indica: “La medicina es una profesión que tiene como fin cuidar de la salud del hombre y propender por la prevención de las enfermedades, el perfeccionamiento de la especie humana y el mejoramiento de los patrones de vida de la colectividad, sin distinciones de nacionalidad, ni de orden económico-social, racial, político o religioso. El respeto por la vida y los fueros de la persona humana constituyen su esencia espiritual. Por consiguiente, el ejercicio de la medicina tiene implicaciones que le son inherentes”. Se da en este enunciado un cubrimiento universal, habla del respeto a la vida con un enfoque más lógico y humano y no de mantener la vida dentro de un contexto mecánico que no permite saber si quien respira es el aparato o la persona.

Tenemos la convicción de que la necesidad de guardar un equilibrio entre una y otra tendencia, fundamentados primero en que la persona humana es una estructura bio-psico-social, interrelacionada con los demás individuos de su especie, que le facilita vivir en comunidad y realizar razonablemente las conductas que dentro de las normas morales de su grupo le permiten ajustar sus acciones a ellas para que puedan calificarse como éticas.

Una segunda fundamentación considera que la medicina es una ciencia y como tal debe tener su impulso de progreso, de avance en el conocimiento científico. Al mismo tiempo es un arte y en su *praxis* requiere también del desarrollo de los instrumentos, tecnología moderna que, razonablemente empleada, se constituye en el mejor recurso para resolver adecuadamente las demandas en salud del hombre enfermo.

La interrelación entre el médico y el paciente tiene unas determinadas condiciones de manejo normalizadas por la bioética y explicitadas por la ley positiva (Códigos de Ética a nivel de los Estados) que es necesario incluir dentro de los programas de formación del médico y poder darle los conocimientos y habilidades necesarios para que su obrar sea al mismo tiempo efectivo por su bagaje científico, tecnológico y humanístico porque entiende que su relación está regida por el respeto a la vida, a la autonomía del paciente, al derecho a estar informado sobre su estado de salud y a no obrar injustamente creándole expectativas producto de convertir al hombre en un ser experimental, que satisface la curiosidad del investigador o la voluntad del profesional que quiere mostrarse como el triunfador en la batalla contra la muerte, así este triunfo quede marcado con el estigma de la pérdida de la dignidad de la persona, actitud definitivamente antiética.

HUMBERTO GONZALEZ GUTIERREZ. MD MSP

Profesor Emérito. Ex decano de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia.